



En apenas dos meses –exactamente desde el 24 de mayo– un novillero desconocido para el gran público se ha instalado entre las estrellas del escalafón de matadores, al menos en ese grupo de privilegiados que despiertan las ilusiones del aficionado. Con sello y con ambiente de figura, anunciado en las ferias de caché y con la máxima expectación. ¿Qué ha pasado desde entonces para que, de repente, Alejandro Talavante concite sobre su figura tantas y tan atentas miradas?



Talavante se relaja en el Hotel Vincci Marítimo, de Barcelona, y parece reflexionar sobre su última actuación en la Monumental.

Es difícil recordar un caso similar en la reciente historia del toreo, y hasta en la más alejada. Casi todas las figuras necesitaron unos años de matadores de toros para despertar tanta expectación. O, como sucedió con **El Juli**, si se hicieron figuras el mismo día de la alternativa, también llegaron al doctorado con una más que reconocida y triunfal trayectoria novilleril.

Pero el caso de **Alejandro Talavante** ha roto todos los esquemas. Le bastó una tarde de San Isidro en Las Ventas, y sin necesidad de tocar una sola oreja, para ponerse en el primerísimo plano de la actualidad taurina y revelarse como la gran esperanza blanca del momento. La suya ha sido una ascensión tan vertiginosa que ha descolocado a todos los analistas, perdidos en las más curiosas divagaciones para encontrar las causas de tanta sorpresa, incluso tratando de

perfilar al extremeño como un personaje raro y excéntrico para justificar su excepcionalidad.

Y **Talavante**, socarrón e inteligente, se deja llevar. Sabe que las habladurías alimentan la popularidad que está empezando a gozar, y que la provocación siempre ha sido la base de los mitos. No sé si él mismo se reconoce en esa imagen que tanto recuerda a la de **José Tomás**, pero es evidente que no la rechaza, para entrar así en un juego que tal vez le permita ocultar su verdadera y más íntima personalidad.

Mientras caminamos hacia una típica tasca madrileña, para comer de menú, después de comentar los líos que acaba de formar en Santander y Barcelona, el propio torero evoca y relaciona las últimas fechas de su vida para terminar exclamando “¡cómo pasa el tiempo!”. Un tiempo que, en realidad, son dos meses. Pero con tantos acontecimientos, y tan intensos, que a **Talavante** se le deben haber pasado en un vuelo, tan rápidamente que cabe la duda de que sea de la realidad.

“Claro que lo soy, cómo no voy a ser consciente”, reacciona tajante. “Sé perfectamente lo que está pasando porque soy yo precisamente el que lo está viviendo. A raíz de Madrid han ido sucediendo muchas cosas, y yo he ido evolucionando con ellas. No estoy en una nube, porque en las nubes no se avanza tanto como

yo estoy avanzando. Soy consciente de todo lo que pasa hasta en el ruedo, delante del toro. Cada vez que hago el paseíllo o intervengo en la lidia por primera vez, cuando me echo el capote a la espalda en un quite, o cuando me voy a los medios con la muleta, noto que en las plazas se hace el silencio. Incluso siento que empieza a haber división de opiniones en el tendido. Y eso me transmite y me motiva. No creo que sea expectación por verme a mí, sino por ver algo distinto. Así que, con esa medida, imagínate cómo tengo que afrontar cada tarde. Si no fuera consciente de todo eso, no tendría nada que hacer aquí”.

—Ya, pero de eso a decir esas cosas sobre la muerte que te he leído por ahí, hay un abismo...

—No es que no piense en la muerte, o que no me importe. Pero hay momentos en que estoy tan entregado y tan a gusto, como con el toro de Santander o el último de Badajoz, justo cuando estoy imponiendo mi voluntad a la del animal, que me da todo igual. Cuando acabo la faena y me voy a por la espada me siento totalmente vacío.

De pronto, en la conversación, casi sin pensarlo, surge una de las claves del momento que atraviesa Talavante, su mayor defecto, su único punto débil: la maldita espada. Dos tardes en Barcelona y una en Santander frenaron su rotundo clamor justo cuando entró a matar... y a pinchar. Casi una decena de orejas llegaron al desolladero sin desprenderse de los toros con los que había hecho vibrar a miles de personas. Ni él ni su mentor, Antonio Corbacho, dan con los motivos reales de ese vacío, de esa incapacidad del torero para matar a los toros con prontitud y ver reflejadas en trofeos y salidas a hombros las conmociones que provoca.

“No se trata de ningún problema técnico —alega Corbacho— porque en el campo, a puerta cerrada, los mata a la perfección. Ni creo que tenga nada que ver todo eso de las volteretas y las lesiones que se llevó matando cuando era novillero. Cuando se tienen esos cojones, las cornadas se olvidan en cuanto te pones otra vez delante. Debe ser por otra historia”.

—¿Y no será, torero, por eso que tú mismo dices, por esa sensación de haber terminado cuando te vas a por la espada, que inconscientemente pierdas tensión una vez que has sacado del toro todo lo que tenía? Recuerdo que Paco Ojeda decía que los buenos toreros tienen que cambiar el “chip” para entrar a matar, porque si durante diez minutos han tratado de suavizar y templar la violencia del toro, en la estocada hay que dar la vuelta a la tortilla: es el torero y no el toro quien tiene que poner la agresividad.

—Puede ser, puede que Ojeda tenga razón. En mi caso, enfoco tanto mi espíritu a la emotividad del toreo que la espada la dejo a un lado. A mí lo que me motiva es torear. Sé que hay que cortar las orejas para ser grande, pero mi verdadera satisfacción es ligarle siete naturales a un toro como si lo hiciera de salón.

—En cambio, ese abandono de que hablas sólo se consigue cuando se siente a un



Alejandro Talavante, en Barcelona, el pasado 23 de julio. La faena a su primero impactó hondamente a la afición catalana.

toro entregado, cuando se domina la situación. Y para eso se requiere una gran técnica y una gran confianza en uno mismo.

—Yo no pienso en qué tengo o no tengo que hacerle al toro, técnicamente hablando. Me gusta coger la muleta y no saber qué es lo que

va a pasar. Simplemente, me pongo delante y allí surge todo con naturalidad. Me gusta imponerme sin pensar las cosas demasiado. Creo que es por inspiración. Pero, ojo, que no estoy hablando de inocencia. Desde que empecé he tenido mucha técnica y mucha facilidad. Aún me quedan muchas cosas por aprender, pero tengo asimilado el suficiente oficio... como para poder olvidarme de él. Salvo que se me pare, sé que, con la mínima opción que me dé, voy a estar a gusto delante de casi cualquier toro.

—Resulta extraño oír hablar así a un torero que sólo lleva siete corridas desde la alternativa. Podría sonar incluso a petulante.

—Puede ser, pero yo te estoy explicando una realidad. Si hablo así es porque no he empezado ayer. Mi proceso como torero ya es lo suficientemente largo. La gente no me conocía hasta lo de San Isidro, pero yo he toreado mucho en el campo. Y como no me considero tonto, creo que tengo una buena capacidad de asimilación. También he visto muchos vídeos y me he fijado en las virtudes de todos los grandes toreros. Si sabes ver eso, tienes unas inmejorables referencias sobre lo que puedes hacer en tu carrera. Observar lo que hacen las figuras

“Yo no pienso en qué tengo o no tengo que hacerle al toro, técnicamente hablando. Me gusta coger la muleta y no saber qué es lo que va a pasar. Simplemente, me pongo delante y allí surge todo con naturalidad. Me gusta imponerme sin pensar las cosas demasiado”



en su mejor momento te ayuda a marcarte tus metas, a intentar superarlos. En realidad, eso es lo que siempre ha hecho evolucionar el toreo.

—O sea, que el toreo se hace pero también se piensa...

—Muchísimo. Mira, muchas veces, al ter-

un diálogo sobre la marcha con el toro, aunque seas tú quien deba imponer el ritmo. En realidad, al toro hay que darle ciertas ventajas, porque él también tiene que sentir que tiene alguna posibilidad de ganar la pelea. Así se vienen arriba y colaboran más, nunca avasallándolos.

Si tú estás seguro de lo que haces, ellos lo notan y hasta son capaces de entregarse más.

Llegados a este punto, parece clara la clave del fulgurante despegue de **Talavante**, la excepcionalidad del valor, la de un toreo nada especulativo que viene a ocupar el vacío que aquel que redescubrió el secreto dejó con su silenciosa retirada hace ya cuatro años. Tal vez sea por eso por lo que su admirador de Bada-

joz haya encontrado tan rápido un puesto entre los elegidos. Así lo demuestra el hecho de que esta temporada le queden por delante veintitantas tardes más, la mayoría en plazas de primera y segunda categorías, dentro del gran circuito y en carteles de relumbrón. Un calendario que se antoja demasiada responsabilidad para un torero tan nuevo.

—Podría parecerlo, sí —reconoce **Talavante**—, pero, en realidad, cuanto más grande es la

plaza y más llena está, y cuanto más emotividad tiene el toro, más me convierto en lo que la gente quiere ver y está viendo.

—Pues se dice que lo que se ve es una copia de José Tomás. Incluso, con tus gestos y tu forma de andar por la plaza, tú mismo pareces no rehuir la comparación.

—No es que no la rehuya, es que me da igual lo que diga la gente. Cada cual es libre de opinar lo que quiera. A lo mejor el sitio que piso puede parecerse, pero en la forma de ejecutar somos muy distintos. Ya se darán cuenta. ●



Con su mentor, Antonio Corbacho, liándose el capote antes de iniciar el paseíllo en su última comparecencia en Barcelona.

minar una corrida, me gustaría poder volver a ponerme delante de ese toro para hacerle cosas mejores que he pensado después de matarlo.

—¿Y no sería mejor pensarlo antes?

—No, qué va. Eso me hace estar espeso. Antes de coger la muleta es bueno hacerte una idea aproximada de la situación, pero cuando realmente tomo conciencia de lo que debo hacer es en la primera serie. Y a partir de ahí dejo que las cosas fluyan con naturalidad. Es como

“Me da igual lo que diga la gente. Cada cual es libre de opinar lo que quiera. A lo mejor el sitio que piso puede parecerse al de José Tomás, pero en la forma de ejecutar somos muy distintos. Ya se darán cuenta”

Sus próximas fechas

En los dos meses que lleva como matador de toros, **Alejandro Talavante** se ha convertido en un torero a seguir. Muchos aficionados viajeros han retomado gracias a él la costumbre de moverse tras una ilusión. Así que aquí les ofrecemos, a falta de algunas tardes por cerrar, las fechas del torero de Badajoz en lo que resta de temporada:

AGOSTO

Día 4, Huelva; 5, Pedro Muñoz (Ciudad Real); 10, San Lorenzo de El Escorial (Madrid); 11, Málaga; 24, Almería; 26, San Sebastián de los Reyes (Madrid); 27, Cieza (Murcia); y 30, Linares (Jaén).

SEPTIEMBRE

Día 2, Mérida (Badajoz); 6, Valladolid; 10, Cehegín (Murcia); 13, Albacete; 15, Salamanca; 17, Nîmes (Francia); 23, Talavera de la Reina (Toledo); 24, Barcelona; y 25, Vera (Almería).

OCTUBRE

Día 1, Hellín (Albacete).



POR CARLOS ARÉVALO

Barcelona, José Tomás y Talavante

Nadie en su sano juicio pondría en una balanza los 15 millones de referencias que aparecen en Google, en 0,27 segundos, cuando se teclea el nombre del monstruo de Galapagar, contra las 16.500 de **Alejandro Talavante**. Ni las once orejas que cortó el primero en la Ciudad Condal en 1999 o sus diez salidas a hombros en esta plaza, con los dos únicos paseíllos, a la sazón la quinta y séptima corridas que ha toreado **Alejandro Talavante** en toda su vida.

Las comparaciones y los fríos números son odiosos. No se trata tanto de comparar como de encontrar conexiones y correspondencias. No es casualidad que Barcelona viva con intensidad la irrupción de **Talavante** en los ruedos.

Talavante no copia, interioriza. Ya sean las cualidades de **José Tomás** o el discurso de su maestro **Antonio Corbacho**. Como el de Galapagar, y tutelado por el mismo mentor, no sucumbe a la tentación materialista y lo que le importa no es el cómo, ni siquiera el porqué de su torero, sino el qué de lo que expresa.

Atesorando un gran concepto estético—del que no reniega—, en su torero prevalece el alma, lo espiritual por encima de la forma. Es esa comprensión de la no-materia lo que le capacita para “rasgar esas cuerdas” que dan la dimensión de los verdaderos artistas. Una vibración que sirvió de faro al torero durante más de un lustro bajo el reinado de **José Tomás** y que ha calado de nuevo en los públicos de Madrid, de Granada o de Santander, y por supuesto en la culta afición de Barcelona. **Talavante** recoge ahora el testigo de su luz y la afición quiere entregarle su cetro.

Decía **Voltaire** que la especie humana es la única que sabe que debe morir, y sólo lo sabe por la experiencia. En el discurso de **Talavante** la muerte está muy presente. Es un saber necesario que manifiesta en la plenitud de su existencia. Y no sólo en la plaza, de manera inmediata, cuando arriesga su vida con total entrega, sino cuando descansa en el hotel o termina de zamparse una mariscada—la primera de su vida, minutos antes de salir para torrear en la plaza, a la que llegó el último, por los pelos pero tranquilo, el pa-



sado domingo 23 de julio—. También en sus declaraciones, como las que hizo a los medios de comunicación de la Ciudad Condal. Y es que hay una diferencia sustancial entre la comunicación de **Talavante** y la del resto de los toreros, incluidos los míticos **José Tomás** y **Curro Romero**: **Talavante**, viviendo

absolutamente en torero, “blindado” por **Corbacho**, no es ajeno al mundo que le rodea. Si **José Tomás** basó su comunicación, una vez transcurrida la etapa de su lanzamiento, en una antipática no-comunicación—un aislamiento que le granjeó no pocas enemistades e incomprensiones—, y **Curro Romero** hizo lo mismo, pero, más habilidosamente, brocando su tamiz informativo con un halo de andaluza simpatía, **Talavante** en cambio se prodiga, habla de la creación, de la muerte y de la humanidad con la misma naturalidad con la que torea.

Con tan sólo dieciocho años, **Alejandro Talavante**, un joven al que gusta y añora su ambiente familiar (es el mayor de seis hermanos), se desenvuelve con sinceridad y pasmosa erudición. Dentro y fuera de la plaza.

Así se lo reconoció el mayor de la familia **Balañá** al propio torero. Los **Balañá**, que almorzaron con **Talavante** y su apoderado al día siguiente de su última actuación, han visto en él un puntal para la temporada en Barcelona y han apalabrado con el diestro la fecha del 24 de septiembre, día de la Merced.

Pero no sólo estos grandes empresarios catalanes y otros, como los **Choperita** y los **Chopera**, sino figuras relevantes de nuestra sociedad, han querido participar del suceso. Atraídos por el fenómeno, estuvieron también presentes en Barcelona gentes como el filósofo **Victor Gómez Pin** o el dramaturgo **Albert Boadella**. Allí, como nosotros, admiraron a la joven promesa obligando literalmente a embestir a sus toros. También le vieron, al igual que el domingo anterior, marrrar con la espada clamorosos triunfos. Y vale que no es *pecata minuta*, pero teniendo en cuenta su bisoñez, si no tuviera defecto, no sería perfecto, este chico sería inhumano. Démosle un tiempo.

Por ahora Barcelona ha encontrado en **Ta-**



Pedro Balañá conversa con Victor Gómez Pin y Albert Boadella poco antes del inicio de la corrida del pasado 23 de julio.



Máxima expectación a la llegada de Alejandro Talavante a la Monumental de Barcelona.



Los Balañá al completo comieron con Talavante y Corbacho en un restaurante de la Ciudad Condal.

lavante la posible continuación de **José Tomás** y un nuevo aliciente para acudir a la Monumental.

En un momento de claro peligro para los toros en Cataluña, con los antitaurinos manifestándose “junto” a la Plataforma para la Defensa de la Fiesta a las puertas de la plaza, y los políticos patinando como de costumbre, lo de **Talavante** supone un importante revulsivo. Para Cataluña y para el torero en general. ●